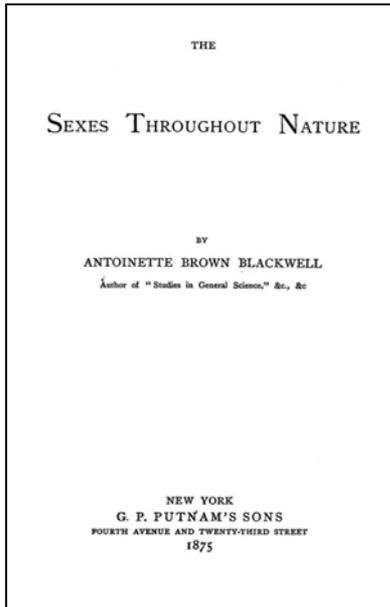


**Manuela PÉREZ RODRÍGUEZ**

**Dpto. Arqueología y Antropología IMF- CSIC, Egipcíacques 15. Barcelona. 08001. Correos electrónicos: mperez@imf.csic.es, manuela.perez@uca.es**

**BLACKWELL, A. B., 1875: *The sexes throughout Nature*. G.P. Putnam's Sons. New York.**



De todos los eventos celebrados el “año Darwin”, han pasado desapercibidas las mujeres que en el siglo XIX adoptaron el evolucionismo y el mecanismo de la evolución propuesto por el científico inglés, y que criticaron la postura darwinista ante el papel secundario de la mujer en el proceso de evolución expuesta en el libro *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, además de luchar contra las visiones que naturalizaban la situación social de las mujeres desde el darwinismo social.

No incidiré en el androcentrismo de la ciencia para explicar esta ocultación<sup>1</sup>. Hay otra cuestión que me parece interesante destacar en estos momentos en el que en nuestra disciplina tiene una gran preeminencia las posturas postmodernas que parten de un idealismo subjetivo: hay que considerar que estas autoras apostaron por una crítica al evolucionismo asumiendo la propia teoría de la evolución de las especies y el mecanismo que la hacía posible, lo que las situaba en el lado del racionalismo materialista en el siglo XIX. Por ello, consideramos en su momento importante iluminar de alguna forma la obra de estas mujeres, incluso más allá del maternalismo que de forma más o menos explícita hacían gala.

### **Darwin sobre la mujer.**

El siglo XIX es el de las revoluciones burguesas, las reivindicaciones del proletariado y también el siglo en el que las mujeres reivindican su protagonismo político, en parte porque su situación va quedando al margen de los cambios que hombres burgueses y proletarios reivindican para sí (Miyares, 2005).

En este sentido, cuando Darwin escribe *El origen del hombre*, legitima la idea de dominio de los hombres sobre las mujeres al aportar argumentos biologicistas y científicos a las diferencias sociales existentes entre hombres y mujeres. No se trata de negar el avance científico que supuso el evolucionismo, sino de ver como también éste fue utilizado para naturalizar

diversas situaciones sociales de desigualdad, en especial las de clase y las existentes entre hombres y mujeres de cualquier condición social.

Para Darwin “el hombre es más valiente, más belicoso, más activo que la mujer y posee genio de mayor inventiva. Su cerebro es positivamente mayor, pero, juzgando por mis conocimientos, todavía no ha podido saberse con certeza si este volumen más grande se halla proporcionado a su mayor corpulencia” (Darwin, 1871: 329). Es decir, el hombre es el modelo, la mujer casi aparece como un apéndice para el protagonista casi absoluto de la evolución.

Para las diferencias entre hombres y mujeres fue fundamental la selección sexual. Entre los rasgos distintivos para Darwin estaban la disposición mental hacia la ternura y ausencia de egoísmo, sobre todo apoyado en sus instintos maternales que hace que estos sentimientos los despliegue a todos los que no son sus hijos. En cambio, el hombre debe competir con otros hombres lo que también le conduce a la ambición (Darwin, 1871: 332).

Parte de esta competición, debido a la acción de la selección sexual, fue dedicada por parte de los hombres más fuertes, con mejores posibilidades para la caza y para mantener a sus familias, a la consecución de mujeres, que además serían las más atractivas (Ibidem: 372). Esta lucha por la posesión de mujeres evolucionó hacia un mayor vigor para los hombres, como producto último de la selección natural.

Darwin daba en este trabajo un argumento biológico a una desigualdad que se materializaba socialmente. Y en este sentido su obra fue utilizada por los darwinistas sociales como Spencer, que condenaban a la mujer a una situación social de subordinación, y que utilizaron las teorías del primero para buscar una justificación “científica” a la situación de privilegio de su propia clase.

#### **Antoinette Brown Blackwell (Nueva York, 1825-1921).**

Esta mujer aunque fue la primera ordenada sacerdote en Estados Unidos, abandonó el ministerio para casarse con un abolicionista. Adoptó pronto las ideas evolucionistas para centrarse en la naturaleza de la mujer, abandonando las explicaciones religiosas (Rosenberg, 1975). Asimismo, frecuentó los círculos feministas que surgieron tras la Guerra de Secesión en Estados Unidos, escribiendo varios libros de teología y filosofía.

En el trabajo que reseñamos reclamó que la evolución de hombres y mujeres ha sido paralela, a pesar de la diferenciación sexual que le es propia, y por tanto, tan importante ha sido la de un sexo como la de otro. Señaló que ambos sexos eran iguales física y mentalmente, ya que la mayor fuerza y tamaño en los machos es compensado entre las hembras con ventajas relativas a un desarrollo estructural que implicaría una mayor rapidez de los procesos orgánicos, una resistencia relativa mayor, con una mejor recuperación del desgaste de energía (Blackwell, 1875: 21-22).

Los prejuicios masculinos sobre este tema fueron para ella claves en la minusvaloración de las mujeres por parte de diferentes autores evolucionistas, y en este tema sólo una mujer podía aproximarse a la investigación de una forma adecuada en estas cuestiones, puesto que es algo que le incumbe directamente (Ibidem).

El papel fundamental desde un punto de vista biológico que la mujer juega en la reproducción le da incluso cierta superioridad a su fisiología (Blackwell, 1875). Y mientras en el hombre prima un mayor tamaño en el cerebro, en la mujer lo más importante sería el sistema nervioso, que equilibra las funciones nutritivas necesarias en el embarazo y la lactancia, por eso en este sistema la perturbación de uno sería la perturbación del todo. De hecho, consideraba que la capacidad del cuerpo femenino para amamantar su cría lo situaba en una situación de superioridad evolutiva.

Ambos sexos serían igualmente fuertes para acometer sus obligaciones, en el caso de la mujer más encaminada a la reproducción de la especie, ya que los procesos de gestación y lactancia tendrían un gasto de energía similar al gastado por el hombre como proveedor de alimentos (Blackwell, 1875: 113). En este sentido, considera que no existe superioridad de un sexo (el masculino) sobre otro (el femenino), ya que de ser así, por las características de la reproducción humana el hombre habría heredado sus cualidades supuestamente superiores también de la mujer.

Considera que la división sexual del trabajo, aceptada universalmente, y manifestada en la sociedad industrial del XIX en el que la mujer tiene un desarrollo de su trabajo sólo en el ámbito doméstico, está mal planteada, ya que ese trabajo le correspondería al hombre, pues a la mujer muchas veces se la agota para su responsabilidad reproductiva (Ibidem: 115). De hecho, a la mujer se le ha retardado su propia evolución, y esta evidencia que es social, se ha considerado natural, sin ver que en la propia evolución de la especie si el hombre estaba más evolucionado, en él convergía junto con la herencia del padre, la de la madre.

Otro rasgo evolutivo importante, sería para Blackwell el matrimonio monógamo, pero para que esta institución encuentre toda su potencialidad evolutiva haría falta acabar con el estado de sumisión de la mujer.

La singularidad femenina adquiriría desde este feminismo evolucionista una carta de naturaleza nueva, afirmándose su superioridad, y en todo caso cuestionándose si los roles que hombres y mujeres jugaban en la sociedad debía de ser esos (Rosenberg, 1975: 142).

Las diferencias sexuales entre hombres y mujeres se utilizaron para naturalizar las diferencias sociales, que sólo quienes miraron con otros ojos las posibilidades explicativas que suponía el darwinismo, podían no obstante, enraizar el problema en una explicación naturalista de las diferencias corporales que no implicaban una traducción directa a lo social. Quienes como Spencer naturalizaban las desigualdades sociales buscaban esencialmente el

mantenimiento de las mismas, y ante esto, sólo queda la pregunta de si detrás de dichas explicaciones lo que había no era sino un interés de clase.

Y aunque la obra de Blackwell pueda caer en el mismo error, en tanto que naturaliza determinados problemas que son sociales, abría un camino nuevo para quienes se situaban en el marco de la sociobiología, y en este sentido sí coincidimos con quienes consideraron el mismo como “el camino no tomado” (Hrdy, 1999). También en el sentido de un “camino ocultado”, que aunque cae también en el error de naturalizar algunas diferencias, sí situaba en un plano social el hecho de la sumisión de la mujer desnaturalizándola y buscando una explicación alternativa con una fundamentación científica, y todo eso en el mismo tiempo, a pesar de los silencios del “año Darwin”.

#### **Notas.**

<sup>1</sup>Sobre este tema se ha escrito mucho y tal como está la situación de las mujeres científicas en nuestro país, aunque sólo sea por pura necesidad, se debe insistir una y otra vez sobre lo mismo.

#### **Agradecimientos.**

A Assumpció Vila por la lectura y corrección del original.

#### **Bibliografía.**

- DARWIN, C., 1871: *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Ediciones Ibéricas. Madrid. 1966.
- HRDY, S. B., 1999: *The woman that never evolved*. Harvard University Press. Harvard.
- MIYARES, A., 2005: “El sufragismo”. En AMORÓS, C. y DE MIGUEL, A. (Eds.): *Teoría Feminista: de la Ilustración a la Globalización. De la Ilustración al Segundo Sexo*, pp. 245-294. Minerva Ediciones. Madrid.
- ROSENBERG, R., 1975: “In search of woman's nature, 1850-1920”. *Feminist Studies*, 3:1/2, pp. 141-154.